

Israel Covarrubias (coord.), ***Democracia, derecho y biopolítica. Problemas y desafíos de la vida en común***, México, Gedisa, 2021, 283 pp.

Mario Alfredo Hernández Sánchez\*

Para muchas personas, el confinamiento por la pandemia de Covid-19 ha sido un tiempo de lecturas y relecturas: de acudir a textos nuevos tratando de buscar respuestas al problema de la reducción de la movilidad y la consecuente ansiedad y, también, de visitar textos clásicos intentando encontrar opciones acerca de cómo continuar con la vida cuando el nexo con el orden regular se ha interrumpido. Así, aunque tendemos a pensar que las crisis que nos han tocado vivir son excepcionales, volver a Homero, Tucídides, Agustín de Hipona, Thomas Hobbes, Voltaire o Albert Camus nos permite acercarnos a la forma en que inteligencias excepcionales se encontraron y lidiaron, en el pasado, con la amenaza de la enfermedad y la muerte a nivel masivo.

Debo señalar que, durante la pandemia, dos han sido los libros cuya lectura me ha permitido pensar políticamente el tiempo que nos ha tocado vivir, parafraseando a Hannah Arendt, *la herencia biopolítica que recibimos sin testamento neoliberal de por medio*. De un lado, el libro del sociólogo sueco Andreas Malm realiza un interesante planteamiento acerca de la disyuntiva entre anarquismo y socialdemocracia a que aparentemente nos está conduciendo la pandemia. Del otro, está *Democracia, derecho y biopolítica. Problemas y desafíos de la vida en común*, coordinado por Israel Covarrubias, que de alguna manera constituye una respuesta sólida y coherente al planteamiento de Andreas Malm.

A finales del 2020, y después de intentos que me parecieron menos fructíferos por elaborar filosóficamente a la pandemia como los de Sla-

---

\* Doctor en Humanidades, con especialidad en Filosofía Moral y Política, por la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. Profesor investigador de la Facultad de Filosofía y el Posgrado Interinstitucional en Derechos Humanos de la Universidad Autónoma de Tlaxcala. Miembro del SIN (nivel 1). Correo electrónico: marioalfredo.hernandez.s@uatx.mx. ORCID: 0000-0001-5722-699X.

voj Žizek, Giorgio Agamben o Byung-Chul Han, Andreas Malm publicó su libro *Corona, Climate, Chronic Emergency: War Communism in the Twenty-First Century*. Su tesis principal es que la crisis del coronavirus, a la vez el fin de una época y la posibilidad de iniciar una forma novedosa de pensar la política bajo el neoliberalismo, no es tanto una ruptura con la modernidad como una continuidad y una resignificación de nuestra capacidad de respuesta a las emergencias globales, las cuales pensamos erróneamente no han producido en el pasado soluciones transnacionalmente coordinadas. ¿En qué sentido Malm hace esta afirmación? Por una parte, porque para él, el coronavirus es la consecuencia de una forma de vivir más allá de la racionalidad instrumental y bajo el abrigo de la ideología del futuro y la abundancia permanentes. Es decir que, incluso los estilos de vida que pensamos más saludables como el veganismo, el autoconsumo o la sustentabilidad, tienen tras de sí la destrucción de los ecosistemas del sur global, cuyas únicas ventajas serían la mano de obra barata y la disponibilidad inagotable de materias primas, frente al norte que las industrializa y las convierte en mercancías que responden a necesidades reales y otras creadas exclusivamente para continuar el ciclo del consumo. Por otra parte, Malm señala que el coronavirus paralizó al mundo y detuvo la movilidad de los cuerpos potencialmente contagiosos, priorizando industrias y actividades calificadas como fundamentales y, al mismo tiempo, desestimando formas de cultura y socialización por el riesgo de contagio. Él señala que esta suspensión de actividades probablemente habría ocurrido de otra manera si los primeros cuerpos en enfermar y morir no hubieran sido los de las personas más ricas en el hemisferio norte. Así, la priorización de la salvaguarda de ciertas personas sobre otras, de acuerdo con Malm es algo muy parecido a lo que ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial, cuando la economía de guerra reorientó la maquinaria capitalista y la diplomacia hacia el predominio de la producción en masa y la hegemonía de los valores liberales, con el propósito de preservar la dinámica capitalista sobre otros modelos de distribución de las oportunidades. En este sentido, desde el 2020, se produjo una respuesta global frente a una crisis también global, lo que probó la capacidad del Estado y del capital, que a veces forman un *continuum*, para gobernar sobre cuerpos y voluntades que se piensan a sí mismos como libres, sobre todo cuando

representan los intereses del norte frente al sur. Para Malm, lo que ha mostrado la crisis del coronavirus, entonces, es que la disyunción que algunos han asumido entre la anarquía, es decir, la autogestión en ausencia de un gobierno general, y la socialdemocracia, a saber, la orientación social de un Estado que defiende las libertades individuales al tiempo que garantiza mínimos vitales universales, es irreal e implausible. La anarquía no tendría sentido porque la gestión de la pandemia ha mostrado que necesitamos más Estado, precisamente, para domar a los poderes fácticos que reclaman libertad absoluta para derivar los marcos normativos pensados como absolutos a partir de los equilibrios de poder a que conduce la acumulación asimétrica del capital. Pero, y en esto Malm se distancia de una buena parte del pensamiento de izquierda, la socialdemocracia tampoco tendría plausibilidad, pues su idea de las reformas y los cambios graduales, el diálogo entre posiciones discursivas e identitarias antitéticas, supone precisamente lo que el coronavirus nos ha mostrado que no tenemos, es decir, tiempo. Al final de su libro, no como una celebración sino como un escollo probablemente irremontable, lo que aparece es la amenaza del totalitarismo biopolítico montada sobre el andamiaje democrático enfrentado desastrosamente con la pandemia de COVID-19 (mientras la izquierda y la derecha discuten sobre la prioridad de la igualdad y o la libertad en espacios académicos a espaldas del capital). Al llegar al final de la lectura del libro de Andreas Malm, de manera previsible, aparece el desasosiego. Afortunadamente, en fila y esperando el inicio de la lectura, yo tenía ya el libro coordinado por Israel Covarrubias para matizar dicho desasosiego.

Observado en conjunto, los textos que integran la obra vinculan tres términos, democracia, derecho y biopolítica, que en la configuración de la crítica hacia la razón neoliberal a partir de Foucault y otros, como adecuadamente nos recuerda Covarrubias en la Introducción, parecen repelerse naturalmente por sus cargas eléctricas negativas. Si la democracia aparece como una forma de gobierno que se basa en la idea de que a cada cabeza corresponde un voto y que esto requiere de un andamiaje legal e institucional para garantizar la participación igualitaria, desde la biopolítica se ha criticado que esto signifique en los hechos la clasificación de estas cabezas desde una objetividad científica que afianza posiciones de poder. Por otra parte, si el derecho representa la

construcción del orden vinculante con independencia de las voluntades humanas, para dotar de legalidad al monopolio de la violencia legítima que detenta el Estado, la teoría democrática nos ha alertado sobre los riesgos de entenderlo solo en su dimensión positiva y no como un medio poroso a las demandas de inclusión y reconocimiento, mismo que debería poder observarse como el producto de una conversación democrática y libre de coerciones. Más aún, si la biopolítica se presenta como la explicitación de la transición de un gobierno sobre ciudadanos hacia el dominio de sus cuerpos y subjetividades como mecanismo para la gestión del conflicto y la cohesión social, el derecho y la teoría democrática han criticado, como también una parte importante de la filosofía política, que colocar en el centro de la discusión al poder y la gubernamentalidad desplaza cualquier intento de dar un enfoque normativo a los asuntos políticos. De manera audaz, y abrevando de lo que Covarrubias denomina como un enfoque no interdisciplinario sino *postdisciplinario*, un término que valdría la pena discutir colectivamente en el futuro, informado por la filosofía, la sociología, la ciencia política y el derecho, *Democracia, derecho y biopolítica. Problemas y desafíos de la vida en común* propone un vínculo entre estas tres aristas sobre el gobierno y la conceptualización de cuerpos y voluntades que resultan problemáticos, conflictivos, vulnerables y que, por lo tanto, representan un reto para nuestro pensamiento e imaginación sobre lo común, incluso después de la pandemia.

No es posible agotar en este espacio breve las riquezas de esta obra. Por ello quisiera señalar las que me parecen las tres preguntas fundamentales que plantea el libro y, además, recuperar la manera en que algunas y algunos de los autores allí reunidos las tratan de responder. Primero, ¿cómo vivir la vida en común desde la consideración de los ciudadanos como cuerpos y voluntades que han ameritado clasificaciones y separaciones literales y metafóricas? Segundo, ¿en qué medida el arte y otras formas de socialización pueden representar una ruptura frente a la identificación de la razón como vinculación instrumental con el mundo y otros seres humanos? Y, tercero, ¿qué hay más allá de la biopolítica?, es decir, ¿cómo es posible la coexistencia entre la biopolítica —un término que puede ser adjetivado de manera negativa o positiva—, el derecho y la democracia? En lo que resta de este texto me

centraré, de manera arbitraria como toda selección, en cinco textos que, me parece, responden de conjunto a estas tres preguntas y que reflejan los debates presentes en los ensayos en cuya riqueza no me permite abundar la brevedad de este espacio.

En primer lugar está el texto de Rafael Estrada Michel, “La voluntad general, ¿inteligencia o artificio?” (pp. 35-45), quien nos recuerda que la consideración del cuerpo político como un organismo vivo, sujeto a una mirada biopolítica, es tan antigua como el contractualismo de Thomas Hobbes y que, en este sentido, lo que debemos temer no es tanto el abandono de la política a la tecnocracia; más bien, lo que señala el autor es que tendríamos que estar alertas frente a todos los intentos, deliberados o no, por reducir el margen de incertidumbre respecto de la decisión política a través del uso de la tecnología que, valga la expresión paradójica, exacerbe el sentido de artificio de la política hacia la gubernamentalidad basada en la tecnología, al tiempo que se someta la libertad de movilidad de los cuerpos que se gobiernan.

En segundo lugar, quiero destacar el ensayo de Israel Covarrubias y Josué Castro, “De la biopolítica al populismo. Confrontando un problema democrático reciente” (pp. 47-69). Ellos, a contracorriente de los desarrollos usuales en la materia, plantean la génesis del populismo —más allá de valoraciones ideológicas y como tipo ideal en sentido weberiano— al interior de las propias democracias liberales que el día de hoy parecen estar perdiendo su hegemonía, al menos en el imaginario colectivo. En este sentido, lo que los autores señalan es cómo el populismo, reivindicador de la soberanía popular y los sujetos colectivos, puede ser interpretado como una reacción frente a la hegemonía liberal y su aparente neutralidad frente a las formas de dominación biopolítica que asumen la forma de la legalidad por su adecuación a procesos despersonalizados. Es decir, que en el fondo lo que estaría pendiente es una reflexión sobre las posibilidades de la justicia en el contexto del populismo.

En tercer lugar, quiero recuperar el texto de Alejandro Rodríguez Rodríguez, “La (im)posibilidad de educar. La condición paradigmática de la vida educativa” (pp. 71-93), quien se cuestiona sobre la posibilidad de una bioeducación. Esto a contracorriente de la inercial identificación de la educación con el desarrollo de competencias y habilidades

para el trabajo, lo que ha constituido en algunos casos la institucionalización de las pedagogías de la crueldad tan necesarias para habituar al sujeto a observar su cuerpo y el de otras personas como moneda de cambio. Así, como plantea el autor, quizá la única manera de abandonar el círculo de educación como disciplina y autodisciplina sea la de restaurar la figura del educador como un ser humano que acompaña a otro en la creación de saberes localizados y que le ayudan a *vivir mejor* y no a *tener más*.

En cuarto lugar, me quiero referir al texto de Thamy Ayouch, “Transidentidades y biopolítica del género: vidas menores, psicoanálisis mayor” (pp. 131-163), uno de los que más me ha gustado del libro por sus afinidades con mi propia línea de investigación sobre igualdad y no discriminación. Este texto se centra en las identidades trans, como caso que cuestiona la tradicional construcción, no solo de la heteronorma, sino también de la diversidad sexual, una categoría que, como ocurre cada junio como mes del orgullo LGBTIQ+, ha mostrado sus posibilidades de reificación y comercialización. Si históricamente hemos ubicado a las personas trans —cuya separación entre personas trasgénero y transexuales se hacía depender erróneamente de una operación quirúrgica— a la vez como monstruos, como seres a corregir y como ajenas al placer sexual por cuenta propia, queda claro que, parafraseando a Foucault, sabemos casi nada sobre la sexualidad de los otros y sobre la nuestra propia. Por ello, la biopolítica sin un enfoque psicoanalítico, pero tampoco humanista y de derechos humanos —diría yo—, ha sido un instrumento para enemistarnos con nuestros cuerpos, placeres y sexualidades, lo que se revela de manera paradigmática en el caso de las identidades trans.

Finalmente, quiero hacer mención del texto de Raúl Ruiz Canizales “Hacia un concepto de ‘vida’ para la biopolítica” (pp. 165-187). Él lleva ya un tiempo trabajando en el campo de la bioética, un ámbito que él define no tanto como interdisciplinario sino, más bien, como un espacio de mediación sobre la vida en sentido amplio, que permite el encuentro entre distintas miradas que reclaman su especificidad y la posibilidad de contrastarse críticamente. Desde el binomio bios/zoe imperante en el mundo griego antiguo hasta la posible adjetivación como “biológica” de la creación artística, científica y tecnológica, pasando por la idea de “calidad de vida” con tintes economicistas, lo que el autor destaca es la

importancia de pensar en la vida como un concepto en el que se signifique el valor de la existencia en tanto sintiente y doliente, pero también en el que se sintetice y evidencie la discontinuidad de los debates acerca de lo que significa una vida digna de ser vivida.

Decía yo al inicio de este texto que el libro coordinado por Israel Covarrubias, y su intención de imaginar un mundo distinto, acaso mejor que el que nos tocó vivir bajo las coordenadas de la biopolítica, me había devuelto un poco el sosiego que me quitó la pandemia y el diagnóstico de Andreas Malm sobre el despeñadero que significan por igual la anarquía que reniega del tiempo y la socialdemocracia que lo asume como eterno. Entonces, ¿a quiénes recomendaría yo la lectura de esta obra? En primer lugar, a mis colegas, las y los estudiosos del ámbito de los derechos humanos, un territorio cuyos cimientos se colocaron desde el derecho y que se ha enriquecido a partir de los diálogos con la sociología, la ciencia política, el derecho y el psicoanálisis, pero donde no se ha acabado de entender la importancia de los cuerpos, las voluntades, las narrativas individuales y colectivas sobre estos, así como la manera en que las relaciones igualitarias requieren una revisión de nuestro lugar en el mundo y la posición desde la que se enuncian las teorías sobre la justicia. Las identidades trans, los cuerpos que migran, los cuerpos con discapacidad, los cuerpos que desean y son impedidos de ejercer la maternidad y el placer, nos han hecho conscientes de la importancia de una mirada política, quizá democrática e igualitaria, sobre la biología de lo humano; pero aún falta por tematizar críticamente todas las formas de clasificación de las personas, herederas o no de la frenología, que han devenido en un acceso diferenciado a derechos y oportunidades. En segundo lugar, alentaría a leer este libro a quienes sienten incomodidad respecto de la aparente polarización social en la que nos encontramos, y que no es sino el resultado de la visibilidad de ciertas corporalidades, discursos y maneras de estar en el mundo que en el pasado reciente habían aparecido como incluidas en la narrativa del liberalismo dominante. Por que no hay que olvidar que, como ha señalado Arendt, la política trata del estar juntos quienes por naturaleza somos diversos y recurrimos al artificio para dar estabilidad a las relaciones que de otra manera serían conflictivas a muerte. Finalmente, recomendaría la lectura de esta obra, tejida con cuidado, erudición y paciencia artesanal por

Israel Covarrubias, a quienes sentimos desasosiego y perplejidad frente a la época poscoronavírica, si es que tal cosa ocurre en el mediano o largo plazos, y la forma en que vamos a gestionar la amenaza del año de la peste que está por venir si no salimos como humanidad fuera del cajón de pensamiento neoliberal.

Michi Strausfeld, *Mariposas amarillas y los señores dictadores. América Latina narra su historia*, Madrid, Debate, 2021, 576 pp.

Alba Nidia Morin Flores\*

La historia de los pueblos latinoamericanos se ha visto hermanada a lo largo de los siglos por sucesos y problemáticas comunes que han encontrado una manera de ser narradas a través de las diversas expresiones literarias del continente. La singularidad de estas es analizada por Michi Strausfeld en *Mariposas amarillas y los señores dictadores. América Latina narra su historia*. En ella su autora pretende ofrecer “un recorrido a lo largo de cinco siglos, muy diversos, que mediante las voces de los autores brinde mejores conocimientos y refleje su visión del continente (Introducción, p.11)”.

La obra adquiere relevancia por ser un análisis seminal que recupera la peculiaridad de la tradición literaria latinoamericana al relatar los sucesos históricos de la región a partir de la revisión de su propia literatura. Así, la autora, mediante el estudio de un cuantioso número de creaciones literarias (ensayos, cuentos y novelas), presenta un amplio mosaico de relatos que cuentan la historia de América Latina desde la mirada de sus escritores, dando voz a su propia forma de referir el pasado.

---

\* Doctora en Ciencias Jurídicas por la UAQ. Profesora investigadora de Tiempo Completo de la Universidad Autónoma de Tamaulipas. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (candidata). Correo electrónico: nidiamorin30@gmail.com. ORCID: 0000-0002-2085-0040.